Beck, J. M.
El caso de Belgica




LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF PENNSYLVANIA

EL CASO DE BÉLGICA.

Por

JAMES M. BECK,
Antiguo Asesor del Fiscal de los Estados Unidos.

Publicado con el permiso del autor, de los
Señores hijos de G. P. Putnam de Nueva York,
y de los propietarios del "New York Times."

HARRISON AND SONS,
LONDRES.

1915.



EL CASO DE BÉLGICA.

El desprecio vergonzoso de los derechos de Bélgica como Estado soberano, por parte de Alemania, forma una de las manifestaciones de iniquidad política más chocantes que registre la historia del mundo.

Puede admitirse acertadamente que ha tenido paralelo en tiempos remotos, más bárbaros; pero mientras los sabios, filósofos, profesores y doctores en teologia alemanes no trataron de justificar ese ultraje detestable, se habia acariciado la esperanza de que la humanidad habia hecho algún adelanto desde los tiempos de Wallenstein y Tilly.

La sentencia de la Civilización en este caso será apenas afectada por el resultado definitivo de la guerra, pues aunque Alemania saliese victoriosa de este combate titánico y llegase á ser, como ocurriría indudablemente, la primera Potencia del mundo, sería señalada por el dedo del desprecio. Séneca acostumbraba contestar á los panegiristas de Alejandro Magno: " Sí, pero asesinó á Calistenas." Y si Alemania resultase victoriosa, los hombres sabios y justos de todas las edades futuras habían de contestar á sus panegiristas: " Sí, pero devastó á Bélgica."

El hecho de que aquí y en otras partes ciertos partidarios distinguidos, é indudablemente sinceros, de Alemania hayan tratado de justificar esta violación atroz, sugiere un problema psicológico más bien que un problema lógico ó ético. Pone de relieve un fenómeno muy familiar, á saber, que una especie de astigmatismo mental y moral ocurre inevitablemente en cualquier crisis apasionada de la historia humana. Se ve cuán instable es la inteligencia humana cuando un gran hombre como el Doctor Haeckel, un historiador erudito como el Doctor von Mach, ó un doctor en teología como el Doctor Dryander, pueden ser pervertidos por las pasiones del momento hasta el punto de ignorar las consideraciones de moralidad pública más claras.

Al estallar la guerra actual, Bélgica era un pais pacífico. No tomó la menor parte en el conflicto y sus relaciones con todas las Potencias eran aparentemente amistosas. No intervino en las conferencias diplomáticas ni tomó el menor interés en la cuestión servia. Era un pueblo frugal y próspero que vivía en el país más densamente poblado de Europa y confiaba ciegamente en las promesas solemnes, no solo de Alemania sino de las naciones europeas principales, á saber: que su neutralidad seria respetada. Proseguia tranquilamente el curso llano de su vida y, en apariencia, no sospechaba el desastre que iba á asolarlo tan repentinamente, como tampoco lo sospechaba la gente de Pompeya cuando, por la mañana de la gran erupción llenó el teatro, ansiosa de divertirse, é hizo caso omiso del humo siniestro arrojado por la boca del Vesuvio.

El 19 de Abril de 1839, Bélgica y Holanda firmaron un tratado en el cual se estipuló que " Bélgica forma un Estado independiente,

perpetuamente neutral." Con el objeto de asegurar esa neutralidad, Prusia, Francia, la Gran Bretaña, Austria y Rusia firmaron en esa misma fecha un tratado en el cual se estipulaba que todas esas naciones "garantizaban" esa "neutralidad perpetua."

Aunque estos tratados eran sencillamente declaraciones de los derechos de que gozaba Bélgica con independencia, en su carácter de nación soberana, esta garantia solemne de las grandes Potencias de Europa era tan efectiva que, ya en 1870, cuando Francia y Alemania estaban empeñadas en un conflicto vital y habia dudas sobre si Prusia desdeñaría las obligaciones tomadas en sus tratados, el Canciller de Hierro, que no permitía generalmente que las consideraciones morales influyeran eu sus programas políticos, escribió al Ministro Belga en Berlín, el 22 de Julio de 1870:

> "Confirmando lo que aseguré a usted verbalmente, tengo el honor de hacer por escrito una declaración que, en vista de los tratados vigentes, es *completamente supérflua,* á saber: que la confederación del Norte y sus aliadas (Alemania) respetarán la neutralidad de Bélgica, siempre que, naturalmente, sea respetada por los otros beligerantes."

Bélgica tenía entonces un sentido de honor tan claro que,—aunque el asunto no era inconsistente con los principios del Derecho Internacional—con objeto de llevar á cabo escrupulosamente sus obligaciones de neutralidad, restringió el perfecto derecho legal que tenía su pueblo para abastecer los franceses con armas y municiones, dando de esa manera al tratado una interpretación que le era desventajosa.

Debe añadirse aquí, en honor de Francia y de Prusia, que, en la gran lucha entablada en 1870-71, ambas naciones respetaron escrupulosamente esa neutralidad, y Francia desempeñó sus obligaciones de tal manera que, aunque Napoleón y su ejército hubieran podido escapar de Sedan á Bélgica, renovando el ataque y tal vez—aunque no es probable—salvando á Francia, el Emperador Napoleón y su ejército prefirieron someterse á la humiliación profunda de Sedan á deshonrar la palabra de Francia.

En 1911, en el curso de una discusión en Bélgica relativa á las fortificaciones de Flushing, algunos periódicos holandeses aseguraron que, en la eventualidad de una guerra franco-alemana, la neutralidad de Bélgica sería violada por Alemania. Se sugirió entonces que, si se hacia una declaración contraria en el Reichstag, esa declaración "tranquilizaría la opinión pública y calmaría sus sospechas."

Se dió cuenta de la situación al Canciller alemán, von Bethmann-Hollweg, el cual comunicó instruccionnes al Ministro alemán en Bruselas para que asegurase al Ministro de Relaciones Exteriores belga:

> "Que apreciaba mucho el sentimiento que inspiró la acción belga. *Declaró que Alemania no tenía la intención de violar nuestra neutralidad,* pero consideraba que, al hacer una declaración pública, Alemania debilitaría sus preparaciónes militares respecto á Francia quien estando segura al norte, dirigiria sus fuerzas hacia el Este."

El 31 de Julio de 1914 el Secretario general del Ministerio de Relaciones Exteriores belga, en una conversación celebrada con el Ministro alemán en Bruselas, Herr von Below, le pregunto si conocía la declaración hecha, como se lleva dicho, al Gobierno en Bélgica, por von Bethmann-Hollweg, por el conducto del Ministro alemán en Bruselas, y Herr von Below contestó que sí, añadiendo:

> "Que estaba *seguro* que los sentimientos expresados entonces no habian cambiado."

Así pues, *el* 31 *de Julio de* 1914, Alemania, por conducto de su representante autorizado en Bruselas, repitió las promesas contenidas en el tratado de 1839, ratificado en 1870, en 1911 y en 1913.

En su publicación, erróneamente bautizada "Sentido Común," Bernard Shaw, inimitable como *farceur* pero poco convincente como jurista, dice lo siguiente:

> "Como los tratados sólo son válidos *rebus sic stantibus*, y el estado de cosas existente en la fecha del Tratado de Lóndres (1839) había cambiado tanto desde entonces . . . que en 1870 Gladstone no podía depender de él y tuvo que recurrir á un tratado provisional especial que no está ahora en vigencia, la validez técnica del tratado de 1839 es en extremo grado dudosa."

Desgraciadamante para esta contención, en el tratado de 1870, á que se refiere Mr. Shaw, se estipulaba la terminación del tratado al cabo de los doce meses, y se añadía:

> "Y al terminar ese periodo la independencia é integridad de Bélgica, en lo que hace á cada una de las altas partes contratantes, continuará descansando como hasta ahora en el primer artículo del tratado quintuplo del 19 de Abril de 1839."

Mr. Shaw y otras personas han explotado mucho el extracto de un discurso pronunciado por Mr. Gladstone en 1870. En ese discurso Mr. Gladstone se negó á aceptar la creencia—como proposición abstracta—que bajo todas las circunstancias las obligaciones de un tratado pueden continuar, pero no hay nada que justifique la creencia que Mr. Gladstone dudase en cualquier sentido del valor ó de la validez del tratado de 1839, con relación á Bélgica.

Sin embargo, la obligación expresa de Alemania no descansa exclusivamente en el tratado de 1839.

La segunda Conferencía Internacional de la Paz fué celebrada en la Haya en 1907. Acudieron á ella los representantes de cuarenta y cuatro naciones, realizándose así—hasta donde ha sido posible en el desarrollo lento de la humanidad—el sueño del poeta relativo á la "federación del mundo" y al "parlamento del hombre."

Esa convención convino en cierta declaración de principios, y entre las firmas contenidas en el documento estaba la del representante de Su Majestad el Emperador alemán.

Doy á continuación las partes pertinentes de este gran pacto, con referencia á la santidad del territorio neutral:

ARTÍCULO I.

El territorio de las Potencias neutrales es inviolable.

ARTÍCULO II.

Se prohibe á los beligerantes mover tropas ó trenes de municiones de guerra ó de víveres á través del territorio de una Potencia neutral.

ARTÍCULO X.

El hecho de que una Potencia neutral resista, hasta por la fuerza, las tentativas que se hagan para violar su neutralidad, no puede ser considerado como acto de hostilidad.

El 2 de Agosto de 1914, estallada ya la guerra, el Ministro de Relaciones Exteriores belga, aprovechó la ocasión para decir al Ministro alemán que Francia habia afirmado nuevamente su intención de respetar la neutralidad de Bélgica, y Herr von Below, el Ministro alemán, después de dar las gracias á Davignon por su información, añadió que hasta la fecha

> "no habia recibido instrucciones para hacer una comunicación oficial, pero que conocíamos su opinión personal relativa á la confianza con que teníamos el derecho de considerar nuestros vecinos orientales. Yo (Davignon) repuse enseguida que cuanto sabiamos de las intenciones de estos últimos, intenciones manifestadas en muchas entrevistas anteriores, no nos permitía dudar de la actitud perfectamente correcta de Alemania respecto á Bélgica."

Se desprende de esto que, tan tarde como el 2 *de Agosto de* 1914, Alemania no había dado á Bélgica ninguna intimación relativa á sus intenciones, *y, lo que es más importante, no pretendió en esa ocasión, asi como tampoco en ninguna ocasión anterior, que Bélgica hubiese de manera alguna violado sus obligaciones de neutralidad.*

El 31 de Julio de 1914, Inglaterra que, con sobrada razón, no estaba muy segura de la sinceridad de las declaraciones de buena fe repetidas numerosas veces por Alemania, pidió á los Embajadores británicos en París y en Berlín que preguntasen á los gobiernos de esos dos paises " si cada uno de ellos estaba preparado á respetar la neutralidad de Bélgica, siempre que no fuese violada por ninguna otra Potencia."

Esta cuestión fue comunicada por Sir Edward Grey al gobierno belga, con una adición, á saber: que Sir Edward Grey "pedía que el gobierno belga mantuviese con toda su fuerza su neutralidad—neutralidad que deseaba y que esperaba fuese respetada y observada por las otras Potencias."

En cumplimiento de estas instrucciones el Embajador inglés en París visitó á Viviani, el Ministro de Relaciones Exteriores, el 31 de Julio de 1914 por la noche, y recibió la promesa deseada.

Confirmando esto, el Ministro francés en Bruselas hizo la declaración siguiente al Ministro de Relaciones Exteriores belga, con fecha 1º de Agosto:

"Estoy autorizado para declarar que, en la eventualidad de un conflicto internacional, el gobierno de la República respetará la neutralidad de Bélgica, así como lo ha declarado siempre. Caso de que esa neutralidad no fuese respetada por otra Potencia, el gobierno francés modificaría tal vez su actitud, con el objeto de asegurar su propia defensa."*

El 31 de Julio de 1914, el Embajador británico en Berlín vió al Secretario de Estado alemán y le sometió la pregunta de Sir Edward Grey; y la única respuesta dada fué que "antes de contestar era necesario que consultase con el Emperador y el Canciller," y el Secretario de Estado alemán añadió una frase muy significativa, á saber: que, por razones estratégicas, "era muy improbable que diesen la menor respuesta."

Sir Edward Goschen habló también, al parecer, con el Canciller alemán, el cual eludió también la cuestión, diciendo que "en cualquier caso Alemania desearía conocer la contestación dada al Embajador británico por el gobierno francés."

Los acontecimientos que se desarrollaron al dia siguiente muestran que esas respuestas eran meras evasiones.

El dia 2 de Agosto el Embajador alemán en Bélgica entregó á su Ministerio de Relaciones Exteriores el siguiente documento "altamente confidencial." Después de comunicar que "el gobierno alemán ha recibido *informaciones fidedignas*, de acuerdo con las cuales las fuerzas francesas tienen la intención de marchar sobre el Mosa, vía Givet y Namur," sugiriendo al mismo tiempo "el temor de que Bélgica, á pesar de su mejor voluntad, no estará en posición de rechazar sin ayuda una marcha francesa tan desarrollada," el documento añade:

"Anticiparse á este ataque del enemigo constituye un deber imperativo para la conservación de Alemania. El gobierno alemán lamentaría hondamente que Bélgica considerase como acto de hostilidad contra ella el hecho que las medidas tomadas por los enemigos de Alemania la obligan, por su lado, á violar el territorio belga."†

Algunas horas más tarde, á la 1.30 a.m. del 3 de Agosto, el Ministro alemán despertó al Secretario general del Ministerio de Relaciones Exteriores belga y:—

"dijo que deseaba ver al Barón van der Elst. Le comunicó que tenía instrucciones de su gobierno para informarnos que dirigibles franceses habían tirado bombas y que una patrulla de caballería francesa, violando el derecho internacional, puesto que la guerra no estaba declarada, habia atravesado la frontera.

"El secretario general preguntó á Herr von Below donde esos acontecimientos habían ocurrido; *en Alemania le contestaron.* El Barón von der Elst observó que en ese caso no podía comprender el objeto de su comunicación. Herr von Below dijo que esos actos, contrarios al derecho internacional,

* Libro grís belga, No. 15.
† Libro grís belga, No. 20.

*eran de tal naturaleza que hacían pensar que otros actos contrarios al derecho internacional serían perpetrados por Francia."**

Con relación á estas últimas comunicaciones, debe tenerse en cuenta que el Gobierno alemán no ha dicho nunca una sola palabra al público relativa á la "información fidedigna" que tenía con referencia al gobierno francés, y los acontecimientos muestran, de una manera que no permite la menor contradicción, que en esa época Francia no estaba preparada para verificar la menor invasión de Bélgica.

Debe tenerse en cuenta, además, que los supuestos actos agresivos de Francia, que sirvieron de excusa para la invasión de Bélgica, *no fueron cometidos en Bélgica, sino en Alemania,* según la admisión personal del Embajador alemán.

Bélgica supo entonces que estaba confrontada por una aniquilación posible. Todo interés material sugería que conviniera en las demandas perentorias de su vecina poderosa. De acuerdo con la creencia general de esos días—creencia que los acontecimientos recientes han modificado algo—el éxito de Alemania parecía probable, y en ese caso, Bélgica, al facilitar el triunfo de Alemania, estaría en posición de participar en el botin de los victoriosos.

Si Bélgica hubiera tenido una noción de su honor tan ligera como la que tenía Prusia, y pensado que su preservación propia excusaría cualquier abandono moral, hubiera imitado el ejemplo del Luxemburgo, invadido también, y dado paso libre al ejército alemán sin que su prosperidad material sufriese la menor pérdida, pero sacrificando fatalmente su honor nacional.

Aun bajo esas condiciones Bélgica acariciaba la esperanza que Alemania á última hora y en vista de sus promesas y de la protesta de Bélgica, no cometiría ese ultraje inicuo.

El agregado militar del Gobierno francés, al ser enterado de la declaración de guerra virtual de Alemania, "ofreció al gobierno belga la ayuda de cinco cuerpos de ejército franceses" y Bélgica, siempre respetuosa de sus obligaciones de neutralidad, contestó :

> "Agradecemos sinceramente al Gobierno francés el ofrecimiento de prestarnos su apoyo eventualmente. En las circunstancias actuales, sin embargo, no nos proponemos apelar á la garantía de las Potencias. El Gobierno belga decidirá más tarde sobre la acción que crea necesario tomar."

Como en tiempos de Cesar, los belgas, de todas las tribus de Galia, "son los más valientes."

Aquella noche el rey de Bélgica se reunió con sus Ministros y el ofrecimiento de Francia les fue comunicado, pero el Gobierno belga, que depositaba todavia alguna confianza en la fe pública de Prusia, decidió nuevamente no apelar á las Potencias que garantizaron su integridad ni valerse de los ofrecimientos de Francia.

Á las seis de la mañana siguiente el Ministro alemán entregó la declaración de guerra al Gobierno belga.

* Libro grís belga, No. 21.

'De acuerdo con las instrucciones que he recibido tengo el honor á participar a su Excelencia que, habiendo el Gobierno de Su Majestad el Rey declinado las propuestas bien intencionadas sometidas á dicho Gobierno por el Gobierno imperial, este último, muy á su pesar, se verá obligado á llevar á cabo—por la fuerza de las armas si fuese necesario—las medidas de seguridad que han sido considerado indispensables en vista de las amenazas francesas."

Tampoco se alega aquí una violación activa de la neutralidad belga por parte de Francia; solo se habla de "amenazas francesas."

Ese dia las tropas alemanas atravesaron la frontera belga y comenzaron las hostilidades.

Ese mismo dia, después de la gran sesión celebrada en el Reichstag, cuando el Canciller Imperial trató de justificar ante el mundo los actos de hostilidad de Alemania, y en particular la invasión de Bélgica, ese su orador principal expuso la supuesta defensa toscamente, como á continuación sigue:—

"Nos hallamos ahora en un estado de necesidad, y la necesidad no conoce ley. Nuestras tropas han ocupado el Luxemburgo y tal vez se encuentren ya en territorio belga. *Caballeros: esto es contrario á los dictados del derecho internacional.* Es verdad que el Gobierno francés ha declarado en Bruselas que Francia está dispuesta á respetar la neutralidad de Bélgica, siempre que su enemiga la respete. Sabíamos, sin embargo, que Francia estaba lista para una invasión. *Francia podia esperar, pero nosotros no podiamos esperar.* Un movimiento francés contra nuestro flanco en el bajo Rhín hubiera podido ser desastroso. Nos vimos, pues, obligados á pasar por encima de las justas protestas de Luxemburgo y de Bélgica. Reconozco con franqueza esa falta que estamos cometiendo y que habremos de resarcir tan pronto como nuestro objetivo militar haya sido alcanzado. La persona que esté amenazada cual lo estamos nosotros y luchando por sus posesiones más altas no puede tener sino un pensamiento—abrirse paso a sablazos."

Se observará que en esta ocasión, cuando el deber y el interés de Alemania exigían que diese al mundo una razón sustancial para la violación de la neutralidad de Bélgica, la defensa de Alemania descansa *exclusivamente* sobre el terreno del interés propio, llamado eufemísticamente "necesidad."

El mundo sabe cómo Alemania resarció su falta. Habiendo casi aniquilado Bélgica, y mientras el mundo, hondamente conmovido, socorría y aliviaba ese pueblo atropellado, Alemania hacía pagar multas inhumanas á las ciudades belgas y ha tenido la poca verguenza de imponer á una gente arruinada una multa mensual de $7,000,000 y una multa especial de $75,000,000 por "violaciones de neutralidad." Si esa página no fuese tan trágica, el humor sardónico de esa multa movería a risa.

Aunque en la declaración de von Bethmann-Hollweg se dice que "Francia estaba preparada para invadir á Bélgica," no había intimación alguna de que Francia lo hubiese hecho ó estuviese á punto

de hacerlo. Se añadió, al contrario, que "*Francia podía esperar, pero no Alemania.*" La significación de esa frase era tan aparente que ha sido omitida en las últimas ediciones del discurso del Canciller publicadas en Alemania.

Habiendo comenzado la guerra entre Alemania y Bélgica, el rey valeroso de esa última nación apeló al rey de Inglaterra en estos términos:

> "Recordando las numerosas pruebas de la amistad de Su Majestad y de la de sus predecesores, la actitud amistosa de Inglaterra en 1870 y la nueva prueba de amistad que acaban ustedes de darnos, hago un llamamiento supremo á la intervención diplomática del gobierno de Su Majestad para que sea conservada la integridad de Bélgica."*

En contestación á ese llamamiento, que ninguna nación caballerosa hubiese podido pasar por alto, Sir Edward Grey comunicó inmediatamente instrucciones, el 4 de Agosto, al Embajador británico para que entregase un ultimatum á Alemania.

Cuando Sir Edward Goschen, Embajador británico en Berlin, visitó el Secretario de Estado y le entregó el ultimatum, "Herr von Jagow contestó que, muy á su pesar, no podía darme otra contestación que la que me había dado ese mismo dia, á saber: que la seguridad del Imperio hacía absolutamente necesario que las tropas imperiales avanzasen á través de Bélgica. . . .

"Dije entonces que me gustaría ir á ver el Canciller, pues no tendria, tal vez, otra oportunidad de visitarlo. Me rogó que así lo hiciese. Encontré al Canciller muy agitado. Su Excelencia comenzó enseguida una arenga que duró unos veinte minutos. Dijo que el paso dado por el gobierno de Su Majestad era en sumo grado terrible; por una sola palabra—"neutralidad," una sola palabra que había sido ignorada tantas veces en tiempo de guerra—*por un mero trozo de papel la Gran Bretaña iba á hacer la guerra á una nación hermana que no deseaba nada mejor que ser su amiga.* . . . Hizo á Inglaterra responsable de cuantos acontecimientos terribles pudiesen ocurrir. Protesté vivamente contra esa declaración y dije que, asi como él y Herr von Jagow deseaban que yo comprendiese que, por razones estratégicas, avanzar á través de Bélgica y violar su neutralidad era para Alemanía un asunto de vida ó muerte, *yo deseaba que él comprendiese que, para el honor de la Gran Bretaña, el hecho de respetar su compromiso solemne de hacer todo lo posible en defensa de la neutralidad de Bélgica, si fuese atacada, era también, en realidad, un caso de "vida ó muerte.*"

Merece tenerse en cuenta, en vista de la tosca defensa hecha subsiguientemente por los apologistas alemanes, que ni el Secretario de Estado alemán, Herr von Jagow ni su superior el Canciller alemán trataron de sugerir que la invasión de Bélgica era debida á cualquier acto de hostilidad por parte de Francia.

Von Jagow indicó con toda franqueza el propósito verdadero, á saber: "Avanzar en Francia por el camino más rápido y más fácil" y "evitar el camino más al Sur," el cual, "en vista del número

* Libro grís belga, No. 25.

pequeño de carreteras y de la fuerza de las fortalezas, cosas estas que hubieran ocasionado "una gran pérdida de tiempo."

Se pretende modificar las conclusiones condenatorias que se sacan irresistiblemente de estos hechos admitidos por medio de un folleto titulado "La Verdad Acerca de Alemania." suscrito por varios alemanes distinguidos, apoyados en América por el Profesor John W. Burgess del Colegio de Columbia. Nos dicen que constituyen "la sal del mundo" y que figuran "entre los más grandes pensadores, moralistas y filántropos del siglo." Con objeto de abrumar á los escépticos con el peso de tanta autoridad se nos dice que esta defensa ha recibido el apoyo del gran teólogo Harnack; del notable economista y doctor en ciencias politicas von Schmoller; del filologo distinguido Von Wilamowitz; del historiador conocidisimo Lamprecht; del estadista profundo von Posadowsky; del diplomático brillante von Bülow; del gran financiero von Gwinner; del gran fomentador del comercio y de la industria, Ballin; del gran inventor Siemens; del brillante predicador del Evangelio Dryander, y del indispensable director del Ministerio de Educación, Schmidt. Los adjetivos son del Profesor Burgess.

El americano ordinario, asi como el ciudadano ordinario de cualquier país, cuando sus pasiones naturales no han sido excitadas excesivamente, tiende á adoptar puntos de vista muy serenos, claros é imparciales, y no es facil modificar sus conclusiones, por mucho que se empeñaran en ello los Harnacks, von Schmollers, von Wilamowitzes, Lamprechts, von Posadowskys, von Bülows, von Gwinners, Ballins, Siemenses, Dryanders y Schmidts, y todos los demás *vons* de Alemania.

Su defensa parece fundarse en la creencia, totalmente desprovista de pruebas, que "Inglaterra y Francia habian decidido que no respetarian la neutralidad de Bélgica."

Añaden :

"Si el Estado Mayor general alemán no hubiese anticipado esta intención, hubiera sido un crimen contra el pueblo alemán. El derecho inajenable de la defensa propia da al individuo cuya existencia está en juego la libertad moral de recurrir al empleo de armas que serian prohibidas en tiempos que no fuesen de pelígro.

"No obstante, como Bélgica no queria convenir en una neutralidad amistosa, que permitiese el paso libre de las tropas alemanas á través de pequeñas porciones de su territorio—aunque su integridad estaba garantizada—el Estado Mayor alemán se vió obligado á abrirse paso con el objeto de evitar la necesidad de encontrarse con el enemigo en el terreno menos favorable."

Se nos dice, además, que "las tropas alemanas, con su disciplina de hierro, respetarán los bienes y la libertad personales del individuo en Bélgica, cual lo hicieron en Francia en 1870," y estos sabios, filósofos, profesores y doctores en teología añaden que "Bélgica hubiera obrado sabiamente al permitir que pasasen las tropas alemanas" porque "*le hubiera ido bien desde el punto de vista comercial, pues el ejército hubiera sido un buén cliente y pagado bien.*"

Se desprende del último análisis de esta defensa que Bélgica hubiera debido preferir dinero á su honor, así como el Estado Mayor alemán prefirió la deshonra al sacrificio de una ventaja militar inmediata.

Esta defensa lastimosa, fundada en el derecho de Alemania de destruir á Bélgica con el objeto de evitar bajas inútiles, muestra cuán arraigadas están las ideas de Bernhardi en el cerebro de los pensadores alemanes influyentes.

Las posibilidades de la casuística moral han sido casi agotadas en la tentativa hecha por estos apologistas alemanes con el objeto de defender la invasión forzosa de Bélgica.

Se ha hecho que la cuestión ética gire, inutilmente, sobre las obligaciones, nacidas de tratados, de Inglaterra, Alemania y Francia, respecto de Bélgica. La acusación de Alemania ha sido colocada, también inutilmente, sobre esta base estrecha: que en virtud del tratado de 1839, á que se hace referencia más adelante, y de la conferencia celebrada en la Haya en 1907, Alemania convino solemnemente en respetar la neutralidad de Luxemburgo y de Bélgica.

Empero, aunque no hubiese existido la convención de la Haya ni el tratado de 1839, y aunque Alemania, Inglaterra y Francia no hubiesen contraido nunca obligaciones recíprocas para respetar la neutralidad de Bélgica en la eventualidad de una guerra, su invasión, verificada sin su consentimiento, no tendria, desde el punto de vista más amplio del derecho internacional, la menor justificación.

Es un axioma fundamental, en el derecho internacional aplicado à los programas de los naciones, que cada nación es dueña de formular exclusivamente las condiciones bajo las cuales permitiria que un extranjero atravesase sus fronteras. Su territorio es *sacrosanto.* Ninguna nación puede invadir el territorio de otra nación sin su consentimiento. Al hacer eso se comete un acto de guerra. La tierra de cada nación constituye su castillo de asilo y de defensa. *No debe confundirse ú oscurecerse el derecho fundamental de Bélgica equilibrando las equidades subordinadas entre Francia Alemania é Inglaterra con relación á sus obligaciones nacidas de tratados.*

Esta verdad puede ser ilustrada con un caso imaginario.

Supongamos que los ejércitos del Kaiser hubiesen hecho los avances que con tanta confianza anticipaban y, á más de tomar París, hubiesen invadido Inglaterra, y que el Estado Mayor alemán, en una tentativa encaminada á aniquilar el Imperio británico, preparase una invasión del Canada. Supongamos que Alemania hiciese entonces á los Estados Unidos una demanda tan arrogante como la que hizo á Bélgica, pidiéndo permiso para desembarcar un ejército en Nueva York y asegurando que no se perjudicaría su territorio ni su independencia y que Alemania pagaría generosamente cualquier perjuicio ocasionado.

Supongamos además—y eso no constituye una suposición muy imaginaria—que los Estados Unidos contestasen á la demanda alemana diciendo que no permitiría de ninguna manera que se desembarcase una fuerza alemana en Nueva York ó se emplease su territorio como base para operaciones bélicas contra el Canada. Para completar la analogía supongamos que la flota alemana desembarcase entonces un ejército en la ciudad de Nueva York, detuviese al alcalde y se opusiera á la primera tentativa que hiciesen los habitantes indignados

para defender su ciudad, derrumbando la Catedral, el Museo de Cuadros Metropolitano, el Ayuntamiento y otros edificios y fusilando sin piedad á gran número de ciudadanos porque algunos de los no combatientes no habian aceptado la invasión con la debida humildad.

¿ Puede dudarse que, aunque Alemania no era signatoria de ningún tratado hecho para que se respetase el territorio de los Estados Unidos, violaría de esa manera el derecho más fundamental de una nación soberana y daría á los Estados Unidos el *casus belli* más claro ?

Quedando asi sin importanica la supuesta invalidación del tratado de 1839, el Dr. Dernburg y el Profesor von Mach se escudaron detrás de la única defensa que permanecía en pie, á saber: que Francia habia ya violado la neutralidad de Bélgica con el consentimiento de ese país. *No hay la menor prueba de esto.* Tenemos por el contrario la palabra dada por Francia en vísperas de la invasión alemana á Bélgica y á Inglaterra de que no violaría el derecho de Bélgica y, además, tenemos el hecho significativo que cuando Bélgica fue invadida y era de necesidad suprema que el ejército francés fuera á su ayuda con toda rapidez, deteniendo asi la invasión y evitando que Francia misma fuese invadida y tal vez destruida, pasaron diez dias antes que Francia pudiese prestar á Bélgica un apoyo adecuado. Desgraciadamente, era entonces demasiado tarde.

Si fuese verdad que Francia tenía la intención de invadir á Bélgica, el mayor de los disparates cometídos por el Ministerio de Relaciones Exteriores alemán seria no haber permitido que Francia diera ese paso, pues hubiera encubierto la acción de Alemania al oponer á esa violación una invasión parecida y hubiera resultado de eso una ganancia inmensa para Alemania y un perjuicio enorme para Francia.

La debilidad más grande de Alemania, hoy dia, es su aislamiento moral. Está condenada por el mundo civilizado entero. Ninguna fuerza física que le sea dable ejercer podrá equivaler á esta pérdida de fuerza moral.

Con la excusa de la necesidad, que significa sencillamente sus intereses propios al reducir á un minimo las bajas que resultarían de una invasión de Francia, Alemania ha hecho de Bélgica un degolladero, pisoteado una nación pacífica y aplastado su alma misma bajo los pies de hierro de sus ejércitos poderosos.

Sangrando por todos sus poros, herida á muerte, casi agonizando bajo la bota del conquistador, el honor de Bélgica brilla sin que el interés personal, la deshonra personal, ó la falta de valor, oscurezcan su gloria.

Se dice que, antes de que estallase la guerra, había oficiales del ejército francés en Lieja y Namur. No se han dado nombres ni fechas y las acusaciones son tan vagas que no vale la pena de tomarlas en cuenta. Pero aunque eso fuese cierto el derecho internacional no prohibe que los oficiales de una nación sirvan en los ejércitos de otra nación. Hace años que Turquia emplea oficiales alemanes encargados de ejercitar y desarrollar el ejército turco, pero á nadie se le ha ocurrido alegar que el empleo por parte de ese país de oficiales militares alemanes constituía una violación de neutralidad ó un *casus belli.*

Es muy probable que hubiese algunos oficiales alemanes en Bélgica antes de que estallase la guerra, y habia ciertamentes centenares de espías de cuyas actividades perniciosas se enteró más tarde el pueblo belga, dolorosamente, pero el hecho de que Alemania emplease un sistema elaborado de espionaje en Bélgica no podia justificar una invasión de su territorio, verificada sin su permiso, por parte de Francia.

Para el abogado que ha tenido experiencia en la investigación judicial de la verdad, hay una consideración que lo justifica al hacer caso omiso de todas estas alegaciones vagas relativas á las actividades francesas en Bélgica en visperas de la guerra, á saber: que no solo no ha podido Alemania ofrecer el menor testimonio en apoyo de los cargos *sino que solo sugirió esta defensa cuando la opinión del mundo civilizado la señaló con una huella inborrable.*

El Profesor von Mach, un educador distinguido de Harvard y un apologista ardiente de Alemania, siente la pobreza de ese escaso testimonio y ha sugerido ingenuamente que se suspenda el debate. Dice:

> "Una vez abiertas las hostilidades ¿permanecieron oficiales franceses en Lieja, ó en alguna otra fortaleza belga, y pensó Francia en pasar á través de Belgica? Alemania ha hecho oficialmentes ambas alegaciones. La primera puede ser comprobada fácilmente por el Tribunal Supremo de la Civilización, interrogando á los prisioneros de guerra hechos en Bélgica. Hasta que una investigación imparcial sea posible no se puede presentar más prueba que la aducida por el gobierno alemán."

Como los oficiales franceses hechos prisioneros en Bélgica se encuentran probablemente detenidos en Alemania, parece que Alemania deberia comenzar por presentar su defensa, dando nombres, fechas y lugares, aunque la mera captura de oficiales franceses en Bélgica, una vez comenzada la invasión, no indica necesariamente que esos oficiales estuviesen en Bélgica antes de la invasión.

Al contestar á un artículo escrito por mí en *The New York Times* el Doctor von Mach añade:

> "*Es imposible decir aqui con exactitud cuáles son las pruebas que Alemania posee—pruebas que, por razones militares, no ha podido revelar todavía.* . . . Esta es una cuestión importante, y la contestación debe dejarse para el Tribunal Supremo de la Civilización. El peso de los testimonios parece justificar á Alemania, pero á ningún amigo de Alemania puede parecerle mal la acción de quienes deseen aplazar un veredicto hasta que Alemania pueda presentar al mundo sus pruebas completas—y esto ocurrirá probablemente cuando termine la guerra."

Esa propuesta ingenua—que se aplace la cuestión referente á hechos vitales, fallándose mientras tanto en favor de Alemania—es nueva y divertida. Su único paralelo se encuentra en la contención del célebre Doctor Cook que pretendía que el mundo creyese que

había descubierto el Polo Norte y esperase las pruebas para más tarde.

El Profesor von Mach, en su libro titulado "Lo que desea Alemania," explica con más detenimiento esa defensa dilatoria y la amplía de una manera ciertamente inusitada en un historiador. Reconoce que el discurso del Canciller alemán pronunciado en el Reichstag el 4 de Agosto—en el cual von Bethmann-Hollweg admitió que la acción de Alemania al invadir Bélgica no era justa, y sólo la justificó alegando la exigía la conservación de Alemania—viene á ser una confesión por parte de Alemania del crimen de que está acusada ante el mundo civilizado.

El Profesor von Mach sugiere entonces que, de acuerdo con los procedimientos juridicos, cuando un acusado confiesa que es culpable el Tribunal se niega á menudo á aceptar su confesión, lo considera como no culpable y le asigna un abogado defensor. Sugiere, pues, que "lo que desea Alemania" es que se haga caso omiso de su confesión y que el mundo le asigne un abogado defensor.

La única dificultad que se encuentra en esta analogía es que los Tribunales no rechazan ordinariamente una confesión de culpabilidad. Al contrario: la aceptan casi invariablemente, pues ¿por qué juzgar á un hombre para ver si es culpable cuando el mismo declara serlo?

El Tribunal otorga ese favor únicamente cuando el acusado es pobre é ignorante. En ese caso—en ese caso solamente—el Tribunal, protector del derecho humano, se niega á aceptar la confesión de culpabilidad y nombra un abogado defensor.

El Profesor von Mach coloca á su gran nación en esa posición humillante. En cuanto á mi toca—y admiro á Alemania y la creo mucho más grande y hermosa que su partido militarista ó sus apologistas demasiado celosos—me niego á aceptar la justificación de una analogía tan absurda y humillante.

Bélgica ha sido crucificada ante los ojos del mundo. Su inocencia absoluta, hasta que fué atacada, es demasiado clara para necesitar argumentos. Su inmolación voluntaria, verificada para preservar su garantía solemne de neutralidad, la llena de gloria eterna. Es posible que, desde la muerte de Polonia, nada haya conmovido é indignado el mundo civilizado tan profundamente como este atropello inicuo.

Si Alemania no hubiese invadido á Bélgica es probable que Inglaterra no hubiese intervenido al principio de la guerra.

Alemania hubiera podido tomar una parte relativamente pequeña de su ejército para defender su frontera occidental, fuertemente fortificada y, dejando que Francia se debilitara atacando esa linea de defensa casi inexpugnable, hubiera podido llevar á cabo un ataque rápido contra Rusia con el resto de sus tropas y el ejército austriaco.

¿No es posible que ese curso hubiese dado mejores resultados que el fracaso que vino después de la marcha inútil hacia Paris?

Si Alemania sale victoriosa puede alegar que "nada tiene tanto exito como el exito mismo."

Si Alemania fracasa la posteridad no sabrá quien cometió el mayor número de desatinos, si el Ministerio de Relaciones Exteriores alemán, el Estado Mayor, sus diplomáticos ó sus generales.